

padre murió en América, mientras hacía estragos la guerra civil, dijo de él un periodista americano : « En la lucha llena de peripecias que acompañó á la tentativa de 1823 para legalizar la esclavitud en el Illinois, ninguno se alistó con más verdadero heroísmo que él. Nosotros, que somos del día, y en medio de la espantosa conmoción de la guerra civil, no podemos comprender sino muy pobremente la ferocidad y los sombríos prodigios de esa lucha. Tan equilibrados estaban los partidos contendientes del Estado, que el voto de la colonia inglesa, siempre fiel á los instintos de la libertad, inclinó la balanza ; siendo un puñado de robustos bretones la aislada esperanza para apoyar el triunfo sobre la injusticia y la opresión, cuyo éxito hubiera sellado para siempre el destino de la libertad republicana y constitucional en América. »

Que no se olvide cuando se llegue á escribir el epitafio de la tumba de Eduardo Fordham Flower, y pueda él ver aún que se ha puesto un término á las torturas aplicadas á los caballos, contra las cuales ha combatido tan valerosamente durante su vida.

CAPÍTULO XV

La responsabilidad.

Así, pues, cuando muere un hombre bueno, por muchos años más allá de lo que se puede ver, está sobre la senda que recorren los hombres, la luz que deja tras de sí. — LONGFELLOW ¹.

Porque su casta musa empleaba su lira enseñada por el cielo, nada más que para inspirar las más nobles pasiones, ni un pensamiento inmoral, ni corrompido, ni una sola línea, que al morir hubiese querido borrar. — LORD LITTLETON, *Sobre Thomson* ².

Aprende como si hubieras de vivir siempre; vive como si hubieras de morir mañana. — ANSALUS DE INSULIA ³.

El deber principia con la vida, y termina con la muerte. Abarca toda nuestra existencia. Nos manda que hagamos lo que es justo, y nos prohíbe hacer lo que es culpable. Principia con la educación de los niños. Nos manda alimentarlos, instruirlos, educarlos, y conducirlos con nuestro ejemplo, por el sendero del bien.

1. So when a good man dies.
For years beyond his ken,
The light he leaves behind him lies
Upon the paths of men.

LONGFELLOW.

2. For his chaste muse employed her heaven — taught lyre,
None but the noblest passions to inspire,
Not one immoral, one corrupted thought,
One line which, dying, he would wish to blot.

LORD LITTLETON, *on Thomson*.

3. Learn as if you were to live for ever; live
As if you were to die to-morrow.

ANSALUS DE INSULIA.

El deber nos acompaña á través de toda nuestra vida. Sale de nuestras casas en ayuda de los demás. El patrón debe obligación á sus servidores, y los servidores á sus patronos. Debemos obligación á nuestro vecino, á nuestro pueblo, á nuestra patria. El cumplimiento de nuestras obligaciones para con todos envuelve una inmensa responsabilidad. Nadie puede hacer una verdadera vida, si no conoce este sentimiento y no obra enérgicamente de conformidad con él.

En la sociedad humana necesitan su propia observancia los derechos sociales. Cuando está enervado el sentimiento de la responsabilidad, marcha á su ruina la sociedad. « Perecería la raza humana, dice sir Wálter Scott, si entre ellos cesasen los hombres de ayudarse. Desde el instante en que la madre envuelve la cabeza de la criatura, hasta el momento en que algún bondadoso asistente enjuga la humedad de la frente del moribundo, no podemos existir sin la ayuda mutua. Así pues, todos los que necesitan ayuda, tienen derecho de pedirla á sus semejantes. Ninguno que tenga el poder de concederla puede rehusarla sin faltar. »

En obras anteriores nos hemos esforzado en presentar las grandes virtudes de un buen ejemplo. Es lo más apreciable de todas las cosas. Dar el mejor ejemplo que podamos, es una de nuestras más elevadas responsabilidades. El ejemplo enseña mejor que el precepto. Es el mejor modelador del carácter de los hombres y de las mujeres. Vivir honestamente es el mejor predicador. Dar un elevado ejemplo es el más rico legado que un hombre puede dejar tras de sí; y ser el ejemplo de un noble carácter es la más valiosa contribución que un hombre puede dar en bien de la posteridad.

Todo esto requiere fe, valor, modestia, desinterés. Las tentaciones persiguen á todos los hombres, pero con la fe y el valor, estamos en aptitud de burlarnos de ellas. El deber exige de nosotros que seamos castos y afectuosos. La justicia repudia toda forma de egoísmo, de opresión, y de crueldad. La confianza en Dios encierra en sí la seguridad de que el bien tiene que dominar al mal universalmente. « La victoria del

bien sobre el mal, dice Mr. Erskine de Ellon, es la conversión de todos los seres malos en seres buenos; es convertir la obscuridad en luz, y enderezar las cosas torcidas. »

Los hombres mejores y más rectos pueden tener momentos de duda y de debilidad, pueden sentir que se conmueve debajo de ellos la columna de su fe; pero si son los mejores y los más rectos, vuelven á levantarse de su desfallecimiento recurriendo á los principios excelentes. Debemos creer que el universo está sabiamente ordenado, y que todo hombre debe conformarse con un orden que no puede cambiar; que todo lo que ha hecho la Divinidad es bueno; que todo el género humano se compone de hermanos nuestros y que debemos amarlos y protegerlos, y tratar de hacerlos mejores, aun á aquellos que nos pudieran causar algún daño.

Nadie puede creer realmente en el sistema de la negación. La negación nada puede hacer por los hombres. Puede destruir pero no puede construir. Es la muerte para la parte mejor de nosotros. Acaba con la fe y la esperanza. El mal no puede ser vencido con solo pronunciar meros términos ridículos de condenación, sino por la bondad real, activa, y eficaz.

Hasta la ciencia ha tenido sus victorias en la fe. La negación nunca ayudó á Newton á arrancar de la naturaleza sus secretos de las leyes del movimiento. Képler trabajó teniendo creencias, y con ellas trabajaron Dalton y Faraday. El profesor Pitchard dice: « No era en el escepticismo sino en la fe, en lo que Hérshell, padre, giraba hora tras hora sus vidrios fatigados pero observadores, alimentado por la mano de una hermana, y no parando hasta que había concluido sus espejos, no dudando que ellos á su debido tiempo le revelarían la construcción de los cielos materiales. Y en espíritu igual de amante confianza se desterró su portentoso hijo al lejano sur, hasta que hubo completado la obra que su padre había comenzado, escribiendo para todos los siglos *caelis exploratis* en el escudo de su fama. »

La negación nos deja únicamente el desaliento y la deses-

peración. De todo se duda, de la fe en Dios, la fe en el hombre, la fe en el deber, la fe en todo, excepto en nosotros mismos y nuestros goces. « Fuera de esto, todo es pasión, confusión, egoísmo, obscuridad, en que la personalidad se abdica, y el alma no encuentra dirección. El mérito de nuestra vida debe ser medido por sus oportunidades para la actividad en la senda de las leyes y propósitos divinos; y en esa senda se halla la libertad, libertad sin la cual no hay para el hombre verdadera vida. »

Un hombre que se estaba muriendo en su lecho de enfermo, se preguntó á sí mismo cierta vez: « ¿Ha resultado algún bien de mi vida? ¿Que corazón he aliviado? ¿Qué dolor he calmado? ¿Qué hogar he protegido? ¿Qué bien he hecho yo? ¿Es mejor el mundo porque yo haya vivido en él? Las respuestas dadas á estas preguntas que se hacía á sí mismo eran huecas. Cuando el hombre se levantó de su lecho de enfermo, era un hombre más sabio y mejor. Desde esa época se empleó en hacer el bien. Encontró oportunidades abundantes para ser benéfico. No había necesitado sino la voluntad y la resolución. Las halló en la ley de Dios. La religión no es sino el vínculo del amor eterno. El amor, más grande que la esperanza, más grande que la fe, es la única cosa que Dios requiere de nosotros, y en cuya posesión está el cumplimiento de todos nuestros deberes.

El sentimiento del deber allana la senda de nuestra vida. Nos ayuda á conocer, á aprender, y á obedecer. Nos da el poder para vencer las dificultades, de resistir á las tentaciones, de hacer aquello en que nos empeñamos, en hacernos honrados, benévolos, y leales. La experiencia toda nos enseña que llegamos á ser aquello que nosotros mismos nos hacemos. Luchamos contra las inclinaciones de hacer el mal, luchamos á favor de la inclinación de hacer el bien, y poco á poco llegamos á ser aquello que queremos. El esfuerzo de cada día hace mas fácil la lucha. Cosechamos conforme hemos sembrado.

El verdadero medio para sobresalir en cualquier esfuerzo,

es proponerse la imitación del modelo más brillante y perfecto. Nos hacemos mejores con sólo intentarlo, y aunque quedemos lejos de la perfección. El carácter influye siempre. Podrá haber poca cultura, débiles aptitudes, ninguna fortuna, ninguna posición social, pero si hay carácter de pureza, de buena ley, tendrá influencia y se asegurará el respeto. El filo de nuestras facultades es rara vez gastado por el uso, pero muy á menudo se embota por la dejadez. Solamente el celo y la laboriosidad son los que dan belleza y esplendor á la vida humana.

« Yo sé muy bien, dijo Perthes, que una imaginación pronta es la sal de la vida terrenal; sin la cual sólo es un esqueleto la naturaleza; pero cuanto más elevado el don, tanto mayor es la responsabilidad. » Á un joven le dijo: « Seguid adelante con esperanza y confianza; éste es el consejo que os da un anciano, que ha tenido su parte completa en la carga y el calor de la jornada de la vida. Siempre debemos estar de pie, suceda lo que quiera, y para este fin debemos entregarnos contentos á las variadas influencias de esta vida multicolor... El tener la conciencia de que esta vida mortal no es sino el camino hacia una meta más elevada, no estorba en manera alguna que la usemos constantemente; y, á la verdad, así debemos hacerlo, pues de lo contrario nos faltará por completo la energía en la acción. »

La juventud es la época del crecimiento y del movimiento. Es la primavera del hombre. Entra el joven en el mundo y pone de manifiesto su vida bajo múltiples formas. Donde ha sido debidamente cuidado por sus padres, y que ha llenado su alma con un elevado concepto de la dignidad personal y de la estimación humana, tiene que mantener el honor de ellos y no hacer cosa alguna de que pudieran sonrojarse si lo viesan. Deberá conservar viva una profunda gratitud por aquellas honradas personas que le han transmitido una reputación sin mancha que representa siglos de trabajo y de buena conducta. « Mostraos dignos de vuestros padres, » decia Periando, uno de los siete sabios de Grecia. Las virtudes de sus generosos

trabajos son una imagen de los muertos; lo que conserva brillante su honor, lo mismo en las familias que en los hombres, es la inmutable perseverancia. Pero si el espíritu y el corazón del joven no han sido cultivados, y no aparecen retoños de esperanza, miramos hacia su virilidad con desaliento, y con desesperación.

Las palabras y los ejemplos siempre vuelven á los jóvenes, y los influyen para el bien lo mismo que para el mal. Porque nada, ni siquiera una palabra ó un ejemplo es olvidado ó perdido jamás. No podemos cometer un agravio sin que le siga un castigo bien cerca sus talones. Cuando quebrantamos una ley de eterna justicia, repercute por todo el mundo. Las palabras y las acciones podrán ser consideradas como cosas ligeras; sin embargo, no son provisionales sino eternas. Una palabra vana ó mala nunca muere. Puede volverse contra nosotros en el porvenir, veinte años, cien años después, mucho después que estemos muertos. « De toda palabra vana que digan los hombres, dice san Mateo, tendrán que dar cuenta en el día del juicio; porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado. »

Las malas acciones y los malos ejemplos tienen la misma resurrección. Nunca mueren, sino que siempre influyen. Se transmiten como una herencia. La memoria de una vida no perece con la vida misma. Lo que se ha hecho queda, y nunca puede ser deshecho. Dijo Tomás de Malmesbury: « No hay acción alguna del hombre en esta vida que no sea el principio de una cadena tan larga en consecuencias, que ninguna providencia humana es suficientemente elevada para darnos una perspectiva de su fin. » « Todo átomo impregnado con el bien ó el mal, dice Babbage, retiene en el acto los movimientos que los filósofos y los sabios le han dado, mezclado y combinado por mil modos, con todo lo que es indigno y bajo. El aire mismo es una vasta biblioteca, en cuyas páginas está escrito para siempre todo aquello que el hombre dice alguna vez murmura, ó hace. »

Así, pues, toda palabra, pensamiento, y hecho, tiene su in-

fluencia sobre el destino del hombre. Toda vida, bien ó mal empleada, lleva consigo un largo séquito de consecuencias que se extienden á través de generaciones no nacidas aún. Todo esto está calculado para fijar en el ánimo del hombre un sentimiento profundo de responsabilidad unida á todos sus pensamientos, sus palabras y sus actos. « He leído un discurso, dice el doctor Chalmers, titulado, « Los últimos momentos del conde de Rochester », y al leerlo quedé profundamente sorprendido con la convicción de cuánto mal puede ser diseminado por medio de un folleto pernicioso. »

Pero los libros malos son peores que las palabras malas. Al igual de las malas acciones modelan el pensamiento y la voluntad de generaciones futuras. El libro impreso vive cuando el autor es polvo y cenizas. El autor malo vive para siempre en su raza. Su libro continúa diseminando el vicio, la inmoralidad, y el ateísmo. « El arte de imprimir, dice Federico Schlegel, que en sí mismo es uno de los más gloriosos y útiles, ha sido prostituído por la circulación rápida y universal de venenosos discursos y libelos. Ha ocasionado una afluencia perjudicial de escritos despreciables y superficiales, igualmente contrarios al sano criterio y á la pureza del gusto, un mar de frívolos conceptos y de bulliciosas tonterías, sobre el cual es arrastrado de aquí para allá el espíritu del siglo, no sin peligro grande y frecuente de perder completamente de vista el compás de la meditación y la estrella polar de la verdad¹. »

Y en otra parte: « Aislados ya estos hombres por las opiniones, están separados entre sí aun más por los intereses. La codicia es su alma. ¿Quién de entre ellos tiene una familia, una patria? Cada uno se tiene á sí mismo y nada más.

Los sentimientos generosos, el honor, la fidelidad, la consagración, todo aquello que acostumbraba hacer latir con fuerza el corazón de nuestros antecesores, les parecen sonidos hue-

1. *Historia de la literatura*, II, 39.

cos. Calcular es el único asunto de estos hombres. La conciencia es una sorpresa y un escándalo. »

Así argumenta Schlégel sobre la responsabilidad de los autores. Ellos son responsables del bien que hacen lo mismo que del mal que inculcan. El libro leproso penetra en nuestras bibliotecas; penetra en nuestros hogares. Los libros podrán ser muy hábilmente escritos. El estilo atrae al lector, sin embargo, pueden estar llenos de pensamientos perversos. Ya lo dijo Burke, que: « el vicio pierde la mitad de su mal cuando pierde su grosería ». Pero ésta es una idea dañina. La grosería podrá indignarnos, pero las abominaciones encubiertas, vestidas con vistosa palabrería, pueden penetrar más hondamente en nuestros espíritus. Ved, por ejemplo, la novela escrofulosa que leen las señoritas, está escrita con brillante estilo, á pesar de estar llena de impudencia, de impureza y de veneno moral. Á menudo principia con un asesinato, y acaba con la lascivia y el adulterio; como si el propósito de estos autores fuera poner de manifiesto la cancerosa podredumbre de la vida. Los peores de todos estos incrédulos escritores de novelas son mujeres inglesas.

Luego, ahí está el libro que lo mantiene á uno en un estado de constante risa, signo seguro de un cerebro hueco. La cháchara nociva, la mofa de lo bueno, el elogio de lo malo, son un espantoso espectáculo. ¡ Cuán diferente del buen libro y de la novela buena! No el libro *meloso*, sino el libro que inspira sinceridad, pureza y valor. Lockhard dijo de su suegro Scott: « Hasta cierto punto nos podemos imaginar la deuda que debemos á una sucesión perpetua de libros, durante treinta años de publicación, que no han tenido igual por el encanto, y que todos han inculcado un código sublime y saludable; un espíritu sostenedor y vigorizador; el desprecio de las pasiones bajas ya fuesen vengativas ó voluptuosas; la caridad humana, como distinta del relajamiento moral ó de la austeridad que carece de simpatía; la sagacidad demasiado profunda para el cinismo, y la ternura que nunca degenera en el sentimentalismo, animado siempre en el pensamiento, la opinión, el

sentimiento y el estilo, por un principio único, puro y enérgico, una médula y sabor de virilidad; dirigiéndose siempre á lo que es bueno y leal en nuestras naturalezas, y censurando todo lo que es bajo y egoísta. »

El elogio es grande, pero merecido. Cuando fué felicitado sir Walter Scott en la última época de su vida, por el doctor Cheney, sobre la pureza de sus obras de ficción, le contestó: « Me voy aproximando al término de mi carrera. Estoy saliendo rápidamente de la escena. Puede ser que sea yo el autor que más haya producido en mi tiempo, y es para mí un consuelo pensar que nunca he intentado turbar la fe de nadie, ni corromper ningún principio; y que nunca he escrito cosa alguna que en mi lecho de muerte quisiera borrar. »

Lo mismo se podría decir de Carlos Dickens. Fué el apóstol del pueblo. « He leído la mayor parte de las obras de Dickens, dijo el obispo de Manchester, y, hasta donde yo puedo recordar, no hay ni una sola página, ni una sola frase, manchada con por una impureza ó algo que pudiera sugerir un pensamiento bajo ó vicioso. Creo que la literatura de que fué autor, ha estado repleta con resultados de incalculable beneficio para nuestro pueblo. Nos ha hecho ver verdaderas virtudes sencillas bajo una esterilidad inculta. Nos ha enseñado las grandes lecciones de la simpatía cristiana; y aunque en todas las cosas no es Carlos Dickens lo que nosotros hubiéramos deseado, ó lo que él hubiera podido ser, no somos, sin embargo, sus jueces. No conocemos las circunstancias de prueba por que ha atravesado su existencia. Pero Inglaterra tiene una deuda de gratitud para con su gran novelista, por lo que ha hecho para elevar y purificar la vida humana donde más necesita de elevación y purificación. »

El libro bueno, lo mismo que el libro malo, vivirá mucho aún después que el autor haya muerto. Un libro que haya sido escrito ahora dos mil años, puede fijar el objetivo de una vida. El recordado sentimiento del muerto puede llamar la atención y transformar el carácter. Por otra parte, los libros viciosos continúan levantando su voz é incitan á los jóvenes á

cometer actos vergonzosos y criminales. Los autores hablan desde sus sepulcros, y esparcen el contagio y la infamia por todo el mundo.

Un libro es una voz que vive. Es un espíritu que marcha á la faz del mundo. Continúa siendo el pensamiento vivo de una persona separada de nosotros por el espacio y por el tiempo. Los hombres pasan; los monumentos se derrumban convirtiéndose en polvo. Lo que queda y sobrevive es el pensamiento humano. ¿Qué es Platón? Hace muchísimo que está convertido en polvo, pero aun sobreviven sus pensamientos y sus actos.

Los libros malos son un veneno moral que continúa diseminando el mal. *Litera scripta manet*. Los autores dañinos, aun cuando estén en sus sepulcros, asesinan las almas de los que les sobreviven de generación en generación. El libro bueno es un tesoro vivo, mientras que el libro malo es un espíritu que atormenta. El libro bueno enseña la rectitud, la verdad, la bondad; mientras que el libro malo enseña el vicio, el egoísmo, y la irreligión. Los autores mueren, pero sus obras siguen viviendo.

Una idea como ésta debiera influir hondamente en los autores respecto de las responsabilidades imperecederas de la literatura.

Un amigo íntimo de Wordsworth ha escrito así sus recuerdos del poeta: — « La última vez que le vi, estaba bajo el peso de un pesar de familia, y principiaba á estar agobiado por las dolencias de una edad avanzada. — « Fuere lo que fuese, dijo, lo que el mundo pueda pensar de mí y de mi poesía es ahora de poca importancia; pero hay algo que me sirve de gran consuelo en mi avanzada edad: — que ninguna de mis obras, escritas desde los primeros años de mi juventud, contiene una línea que desee yo borrar, porque haya adulado las bajas pasiones de nuestra naturaleza. Esto, añadió, es un consuelo para mí; no puedo causar mal alguno con mis obras cuando haya dejado de existir. »

Antes que terminemos este capítulo, daremos una fábula

del ruso Krilof, que ha sido útil en más de un caso á los escritores. Se titula « El autor y el ladrón ».

« En el tenebroso reino de las sombras, comparecieron dos pecadores ante los jueces para ser juzgados al mismo tiempo. El uno era un ladrón, que acostumbraba arrancar contribuciones en los caminos reales, y al fin había ido á parar á las galeras; el otro era un autor cubierto de gloria, que había infiltrado un veneno sutil en sus obras, había hecho progresar el ateísmo y predicado la inmoralidad, siendo como las sirenas, de dulce voz, y como las sirenas, peligrosísimo. En el Averno son rápidos los procedimientos judiciales, no existen tardanzas inútiles. La sentencia fué pronunciada inmediatamente. Dos pesadas calderas de hierro fueron suspendidas en el aire por dos tremendas cadenas de hierro también, en cada una de ellas fué metido uno de los pecadores. Debajo de la del ladrón se amontonó una gran cantidad de leña, y después le prendió fuego una de las furias, encendiendo una fogata tan terrible, que principiaron á crujir hasta las mismas piedras del techo de las imperiales galerías. La sentencia del autor no parecía ser muy severa. Debajo de él, al principio, apenas ardía un pequeño fuego; pero cuanto más ardía tanto más grande se hacía.

» Ya habían pasado siglos, pero el fuego no se había apagado aún. Debajo del ladrón hace muchísimo tiempo que se ha extinguido la llama, debajo del autor crece cada hora más y más. Viendo que no había disminución para sus tormentos, vociferó el autor que no había justicia entre los dioses; que él había llenado el mundo con su fama; y que si había escrito demasiado libremente, había sido castigado en demasía por ello; que no creía haber pecado más que el ladrón. Entonces apareció ante él una de las hermanas infernales, con todos sus adornos de serpientes que silbaban entre sus cabellos y con sangrientas disciplinas en las manos.

» ¡Miserable! exclamó, ¿reconvienes á la providencia? ¿Te comparas al ladrón? Su crimen es nada, comparado con el tuyo. Solamente mientras vivió lo hicieron dañoso su crueldad

y sus desórdenes. ¡Pero tú! hace muchísimo que tus huesos se han convertido en polvo; sin embargo, nunca sale el sol sin alumbrar nuevos males de los que eres causa. El veneno de tus escritos no solamente no se debilita, sino que extendiéndose por otras partes, se hace peor con el rodar de los años. « Mira allí, y por un momento hizo que pudiera ver sobre el mundo, mira tus crímenes, la miseria de que eres causa. Mira á esos hijos que han llevado la vergüenza á sus familias, que han reducido á sus padres á la desesperación, ¿Por quién fueron corrompidos sus cabezas y sus corazones? ¿Por tí. ¿Quién se esforzó para separar los lazos de la sociedad, ridiculizando como locuras infantiles todas las ideas sobre la santidad del matrimonio y el derecho de la autoridad y de la ley, haciéndolas responsables de todos los infortunios humanos? Tú fuiste. ¿No dignificaste la irreligión con el nombre de ilustración? ¿No presentaste al vicio y á la pasión desde el punto de vista más encantador y atractivo? Y ahora mira, todo un país, pervertido por tu prédica, está lleno de asesinatos y de robos, de luchas y de rebeliones, y va conducido por tí á su ruina. Tú eres responsable de cada gota de sangre y de cada lágrima que ese país derrama. ¿Y ahora te atreves á lanzar al rostro de los dioses tus inicuas blasfemias? ¿Cuánto mal no tienen que producir aún en el mundo tus libros? Continúa pues, sufriendo; porque aquí será la medida de tu castigo igual á tus merecimientos. » Así habló la encolerizada furia; y cerró con estrépito la tapa de la caldera ¹. »

1. *Krifol y sus fábulas*, por W. R. S. RALSTON, doctor en filosofía.

CAPÍTULO XVI

Fin.

Cuando la obscuridad se reúna sobre todo, y caigan las últimas bamboleantes columnas, toma el pobre polvo que Tu misericordia calienta, y módelalo en formas celestiales. — O. WENDELL HOLMES ¹.

Oigo una voz que no podéis oír, que dice que no debo quedarme, veo una mano que no podéis ver, que me hace señas que me vaya. — TICKELL ².

¡Oh vida! ¡oh muerte! ¡oh mundo! ¡oh tiempo! ¡oh tumba, en quienes todo fluye! á vosotros corresponde hacer sublime nuestra suerte con vuestro gran peso de dolor

Ésta es nuestra vida, mientras disfrutamos. Declinamos en ella como el sol, que vuela más rápido que una flecha: y sin embargo, ningún hombre nota que se muere... ¿No vuelva la tierra á la tierra, y no se ha de poner nuestro sol igual al de ellos cuando llegue la noche? — ENRIQUE SMITH ³.

El joven entra en la vida con alegría y entusiasmo. Ante él está el mundo esmaltado, como una lejana perspectiva dorada por el sol. Pero el tiempo calma pronto su entusiasmo.

1. When darkness gathers over all,
And the last tottering pillars fall,
Take the poor dust Thy mercy warms,
And mould it into heavenly forms. — O. WENDELL HOLMES.
2. I hear a voice you cannot hear,
Which says I must not stay;
I see a hand you cannot see.
Which beckons me away. — TICKELL.
3. O life! O death! O world! O time!
O grave, where all things flow!
'Tis yours to make our lot sublime,
With your great weight of woe.

This is our life, while we enjoy it. We lose it like the sun, which flier swifter than an arrow; and yet no man perceives that it moves... Is not earth turned to earth; and shall not our sun set like theirs when the night comes?

HENRY SMITH.